

Tercer Domingo de Adviento - Mt. 11, 2-11



“Las personas y los callejones
los basurales y los ranchos
se han ido transformando
porque Dios bajó a los barrios y se hizo vecino.
Mientras haya manos capaces de darse
para siempre,
la liberación es posible”.
P. Cacho

Este trocito de la Poesía de Navidad del Padre Cacho, expresa el motivo profundo de la alegría que celebramos en este tercer domingo del Adviento. Dios, en Jesús de Nazaret, se hace cercano, compañero de camino. No es necesario grandes rituales ni ocupar espacios de poder, ni ostentar lugares importantes para encontrarlo. Su modo de abrir caminos en nuestra pequeñez, se expresa en manos tendidas y abiertas que nos invitan a acoger la irrupción de su vida en abundancia, haciendo posible el amor, la solidaridad, la ternura, el cuidado.

Son precisamente esos gestos concretos de curación, empatía y dignidad la respuesta que Jesús le da a Juan, cuando le manda preguntar: “*¿Eres tú, o tenemos que esperar a otro?*”. Porque Juan no entiende mucho el estilo en que este profeta que él confiesa como Mesías, está manifestando la tan esperada liberación. Hay algo en el modo de Jesús que escandaliza. ¿Acaso no esperaban un Mesías liberador del imperio, a la cabeza de un ejército para terminar con la dominación? ¿Cuándo se proclamará rey? ¿Por qué no aprovecha el entusiasmo de la gente al multiplicar los panes o curar a los ciegos para imponer su liderazgo? ¿No tomará posesión del templo como nuevo sacerdote? ¿No va renovar el culto? ¿Por qué está perdiendo el tiempo, por qué no actúa con más contundencia? Preguntas que seguramente, también nos haríamos nosotros, aplicadas a nuestro hoy.

Pero lo de Jesús es otra cosa: su manera de hacer presente el sueño de una humanidad nueva y liberada no tiene que ver con decisiones impuestas, con protagonismos que buscan convencer y seducir, ni con medias verdades que intentan sacar provecho, sino con gestos y decisiones que expresan una cercanía desde abajo capaz de ver a las personas, reconocer su dignidad, curar la vida, y escuchar de tal modo que aflore lo mejor que cada una, cada uno, lleva dentro.

Y porque ese es el rostro que Dios nos muestra es que nos animamos a celebrar la esperanza y la alegría, aún en medio de incertidumbres y sufrimientos. Porque podemos reconocer que nos sigue sosteniendo en tantas manos que trabajan por la paz, que acarician las heridas del cuerpo y del corazón, que sirven y alivian el hambre y el frío, que entretejen iniciativas y encuentros solidariamente.

Pidamos esta semana el regalo de participar con nuestros gestos y decisiones de su bienaventuranza: *felices los que no se escandalizan de que Dios se haga vecino, compañera, caminante a nuestro lado y nos invite a hacer lo mismo.*

Carina Furlotti